

LA BURGUESÍA REVOLUCIONARIA EN MÉXICO: SU ORIGEN Y SU PAPEL, 1915-1935

Hans WERNER TOBLER

UNO DE LOS RESULTADOS más evidentes de las guerras civiles revolucionarias en México entre 1910 y 1917-1920 fue la formación de una nueva clase dirigente político-militar que, entre 1920 y 1935, puso los cimientos del sistema político-social moderno de México. Como sabemos, este sistema logró posteriormente una consolidación considerable bajo la presidencia de Lázaro Cárdenas (1935-1940), especialmente mediante las profundas reformas del sector agrario, la nacionalización de las empresas petrolíferas extranjeras, la reconstrucción semi-corporativa del partido revolucionario nacional, etcétera.

La nueva élite revolucionaria mexicana, tal como se desarrolló, sobre todo, bajo la hegemonía de los caudillos sonorenses Obregón y Calles entre 1920 y 1935, no sólo fue una clase dirigente político-militar, sino que más bien de ella se formó rápidamente una nueva burguesía de origen revolucionario, ya que sus representantes, paralelamente a su carrera político-militar, por lo general también ascendían pronto a la clase de los hacendados, de los banqueros, de los concesionarios y de los comerciantes e industriales.¹

¹ Un desarrollo similar se observa bajo el régimen del Kuo-Min-Tang durante la revolución china. Véanse las declaraciones de comunistas chinos sobre el nacimiento de un "capitalismo de funcionarios" chino, en la década de los treinta; FRANKE, 1958, p. 238. En el caso de México también se ha acuñado el concepto "burguesía burocrática"; por ejemplo RAMIRO REYES ESPARZA, en su ensayo de tendencia teórico-marxista "La burguesía y el Estado", en REYES ESPARZA, en su ensayo de tendencia teórico-marxista "La burguesía y el Estado", en REYES ESPARZA, 1973, pp. 9-57. Véanse las explicaciones sobre siglas y referencias al final de este artículo.

Esta evolución puede parecer a primera vista sorprendente, sobre todo si se considera la revolución mexicana como un movimiento de masas insurreccional orientado a una transformación radical de la sociedad. Sin embargo, un síntoma característico de esta revolución es el hecho que la nueva élite revolucionaria se alejara claramente de la base popular del movimiento revolucionario y que, en la década de los 20 y durante los primeros años de la siguiente, pudiera imponer una política que, al fin y al cabo, estaba también al servicio de sus propios intereses económico-sociales, mientras que el programa de un cambio social global iba siendo relegado cada vez con mayor evidencia a un segundo plano.

No podemos en esta ocasión referirnos con detalle a las características específicas de la Revolución Mexicana que hicieron posible la evolución a la que nos referimos; nos limitamos a mencionar dos factores básicos: por una parte, a lo largo de las guerras civiles revolucionarias entre 1915 y 1917, el ala radical del movimiento revolucionario mexicano, o sea, los zapatistas y los villistas, fue, bajo Carranza y Obregón, considerablemente debilitada militar y políticamente por los constitucionalistas más conservadores. Por otra parte, la base popular de los constitucionalistas no logró imponer reformas que correspondieran a sus intereses sociales específicos ni evitar que la élite revolucionaria político-militar se transformara en un nuevo segmento de la alta clase económica. Esto se debió ante todo a la marcada heterogeneidad social y a las formas específicas de movilización de los ejércitos revolucionarios del norte, cuyo carácter, como Katz señala en su ensayo en este mismo volumen, había sido determinado en alto grado por la alianza entre los revolucionarios y Estados Unidos en los años 1913-1915. No nos es posible examinar aquí con más detalle esta constelación inicial, de tanta trascendencia para el transcurso posterior de la Revolución Mexicana; más bien nos proponemos examinar sólo un aspecto —central, eso sí— del desarrollo de la Revolución mexicana: los orígenes de la burguesía revolucionaria y el papel que ésta desempeñó.

El examen de la formación de una nueva burguesía revolucionaria proveniente del círculo de los dirigentes victoriosos de la revolución plantea, en primer lugar, la cuestión de

la clasificación de la Revolución mexicana de 1910-1940 en la tradición de los violentos cambios políticos en el México del siglo XIX. Por múltiples y profundas que fueran las diferencias generales entre esta revolución y las sublevaciones militares y los golpes de estado anteriores en México, las élites que resultaron de tales trastornos políticos presentan, sin embargo, algunas similitudes evidentes. Al igual que los victoriosos porfiristas a finales del siglo XIX, esta nueva élite de la revolución logró también su ascenso económico y social mediante el acceso al poder *político* y el manejo del aparato estatal. Se puede, pues, afirmar que también para ella —como, por ejemplo, para la burguesía prerrevolucionaria de los científicos— tiene vigor, en gran parte, la frase de que no ha sido tanto la burguesía la que ha creado el Estado, sino que más bien ha sido el Estado quien ha creado la burguesía.² También en cuanto a sus ambiciones sociales y a su estilo de vida, la burguesía revolucionaria siguió rigiéndose por las normas de conducta de la élite porfirista. Esto se manifiesta con especial claridad en el hecho que para muchos generales de la revolución el ascenso a la clase de los hacendados constituía un síntoma primordial de su integración en la clase alta; asimismo se observa la circunstancia que, después de la revolución de 1910 —al igual que en los decenios posteriores a la toma del poder de los porfiristas— también parece que hubo una creciente fusión, al menos en la segunda generación, entre la “antigua” y la “nueva” clase alta. Sin embargo, como veremos más adelante, no se debe identificar la burguesía prerrevolucionaria con la posrevolucionaria; se trata más bien de determinar también, además de las paralelas existentes, las diferencias en cuanto al papel político y económico de ambos grupos.

El hecho que en la presente aportación no se haga una separación nítida entre los términos de burguesía revolucionaria, de élite de la revolución y de clase alta económica, indica un problema central de la temática que aquí se aborda. Así pues, por ejemplo, la delimitación entre la nueva élite dirigente político-militar y la nueva burguesía revolucionaria (que

² Cfr. STAVENHAGEN, 1976, p. 19.

en parte nació de ella) resulta tan difícil como aclarar la cuestión de cuáles grupos de la nueva clase alta (surgida en el transcurso y como consecuencia de la revolución) son clasificables realmente de burguesía, cuestiones estas que sólo serán abordables con seriedad una vez efectuadas las investigaciones sistemáticas y empíricas que aún faltan hoy en día. Por eso, en la siguiente disertación no se intenta elucidar esta temática en general, sino más bien presentar en primer lugar —y de la forma más concreta posible— algunos ejemplos de la carrera económica de ciertos personajes del círculo de estos nuevos dirigentes de la revolución, para plantear a continuación algunas cuestiones más generales con ellos relacionadas.

Las carreras político-económicas de algunos prominentes dirigentes revolucionarios que a continuación presentaremos como ejemplos, se limitan al círculo de la élite revolucionaria sonorenses. Ya que fueron ex generales revolucionarios que provenían del noroeste del país, del estado de Sonora, encabezados por Álvaro Obregón y Plutarco Elías Calles, quienes, en la década de los veinte y a principios de la siguiente, monopolizaron en gran medida el poder político a nivel nacional. Por ello, en este grupo, resulta evidente la estrecha relación entre la posición de poder político y la promoción económica. Los dirigentes revolucionarios sonorenses provenían además de aquel segmento del movimiento revolucionario que, a diferencia de los villistas y, sobre todo, de los zapatistas, apenas había gestado una programática social revolucionaria, sino que —como Héctor Aguilar ha señalado, recientemente, en una monografía impresionante—, había interpretado la guerra civil contra la dictadura de Huerta menos desde una perspectiva “revolucionaria” que desde el punto de vista de la “soberanía” de Sonora como estado particular.³

Este “modelo insurreccional” sonorenses dentro de la Revolución mexicana, cuyo eje consistía en “el control burocrático y financiero por parte de un gobierno (de Estado) establecido”, no sólo engendró un ejército revolucionario “neutral” —desde el punto de vista social, organizado, pagado y controlado desde arriba—, sino que también presu-

³ AGUILAR CAMÍN, 1977.

ponía la “conservación de la estructura de propiedad existente”, especialmente el respeto escrupuloso de la propiedad norteamericana, y que, ante todo, no dejaba surgir una nueva legitimidad sociorevolucionaria que hubiese desacreditado perdurablemente la futura separación de los dirigentes de su base y la transformación de la élite revolucionaria en una nueva aristocracia económica.

Aunque, dentro del ala revolucionaria constitucionalista posteriormente victoriosa, los dirigentes revolucionarios sonorenses reconocieran claramente, a diferencia de Carranza, más conservador, la necesidad de cierta orientación socialreformista en la política de reconstrucción postrevolucionaria, la anterior pauta de socialización del “modelo insurreccional sonorense” siguió influyendo claramente en su comportamiento político y económico posterior. Además, por lo que se refiere a la proveniencia social de estas nuevas élites y a las tensiones —pronunciadas en el norte de México— entre las aspiraciones de promoción social y los canales de ascenso obstruidos para la clase media en el porfiriato se han de constatar factores importantes en cuanto al comportamiento posterior de los dirigentes revolucionarios sonorenses.

Como la mayoría de los jefes militares del norte, también los generales revolucionarios sonorenses provenían en particular de los segmentos medios o bajos de la clase media que durante el porfiriato habían tenido una existencia con frecuencia precaria o, a lo sumo, modesta (pequeños comerciantes, transportistas, empleados, maestros, rancharos, arrendatarios, etc.). Por otra parte, en el norte de México, orientado económicamente hacia Estados Unidos, también había calado cierta concepción de valores norteamericana. Un viajero francés había incluso calificado a los sonorenses de “yankees de México”.⁴ El módulo de comportamiento expresado en esta caracterización —reflejado, entre otras cosas, en una firme voluntad de ascenso social y económico—, parece haber sido hartamente corriente entre los ambiciosos miembros de la clase media sonorense, de la que más tarde se reclutaría la mayoría de sus dirigentes revolucionarios. Lo constatamos, por

⁴ *Cfr.* CARR, 1973.

ejemplo, en las palabras del futuro general revolucionario sonorense y presidente de la República, Abelardo L. Rodríguez, de origen modesto, quien afirma en su autobiografía: "Había una circunstancia, desde antes de mi adolescencia había tratado con viejos amigos que vivían en penuria, que se había formado en mí un complejo de temor de llegar a la senectud sin asegurar mi bienestar. . . De allí que me preocupé siempre por asegurar el futuro bienestar de mi familia."⁵ Pero durante el porfiriato, a la mayoría de los miembros de la futura élite revolucionaria les estaba impedido ascender económicamente, y ello no sólo por la fuerte influencia extranjera en los sectores dinámicos de la economía mexicana, sino porque ante el cerrado sistema de dominación porfirista, les quedaba obstruida la carrera política, que seguía siendo la vía más segura para un ascenso social. Sólo la revolución maderista de 1910-1911 y los cambios políticos que la siguieron, pero sobre todo la guerra civil contra el régimen de Huerta en 1913-1914, ofrecieron a los nuevos dirigentes revolucionarios una mayor y repentina movilidad política, que los llevaría a ocupar altas posiciones de poder, constituyéndose así también la posición de partida para su carrera económica.

La característica más importante de la promoción económica y social de la nueva élite revolucionaria parece haber sido el ascenso a la clase de los hacendados, lo que a su vez refleja la fuerte continuidad de los modelos prerrevolucionarios de movilidad social.⁶ Las posibilidades de acceso a la clase de los hacendados fueron múltiples para estos dirigentes revolucionarios. Katz señala en su ensayo los mecanismos más frecuentes en el período de la guerra civil hasta 1917. A pesar de que bajo Carranza una gran parte de las haciendas intervenidas fueron al parecer devueltas a sus antiguos dueños, una considerable parte de ellas quedaba, sin embar-

⁵ RODRÍGUEZ, 1962, p. 171.

⁶ *Cfr.*, por ejemplo, las observaciones de HERNÁNDEZ, 1968, p. 502; sobre la posterior carrera social de los militares porfiristas victoriosos en 1876: "Llega al círculo interior entre los 40 y 45 años en virtud de una política de compromiso y acepta retirarse de él, a cambio de usufructuar libremente su estado de origen y termina sus días, a finales del porfiriato, alejado totalmente de la política y casi sin poder político, pero como gran hacendado."

go, bajo el control de la nueva élite revolucionaria. Además, en la década de los veinte y comienzos de la siguiente, existían para los generales múltiples posibilidades de llegar a ser hacendados, generalmente mediante métodos semilegales o seudolegales.⁷ En todo caso, el ex general revolucionario convertido en hacendado es quien mejor representa y tipifica la carrera de muchos mayores y menores dirigentes revolucionarios, que de jefes de una tropa insurreccional se transformaban en miembros del *establishment*.

Cierto es que caben dudas en cuanto al hecho de si este grupo de neohacendados "revolucionarios" deba ser ya calificado de "burguesía". Sin embargo, esta denominación, si se le concibe en un amplio sentido, corresponde con seguridad al grupo de punta de la nueva élite revolucionaria, nítidamente personificada por los generales y políticos sonorenses de la década de los veinte y comienzos de la siguiente.

Álvaro Obregón es quizás el prototipo de la nueva élite revolucionaria que asciende a la clase alta económica. La carrera político-militar de Obregón lo llevó del modesto puesto de presidente municipal de Huatabampo en 1912 al cargo de comandante en jefe del ejército del noroeste en 1913-1914 y temporalmente a la Secretaría de Guerra bajo el mando de Carranza; en 1920 suplantó incluso a este último mediante una rebelión militar, ocupando él mismo el máximo cargo entre 1920 y 1924. Asimismo, después de terminada su presidencia, Obregón, junto a su paisano Calles, siguió siendo la figura política dirigente de México: en 1928 fue reelegido presidente, pereciendo, sin embargo, al poco tiempo, víctima de un atentado.

Todavía bajo el porfiriato, Obregón, en muchos aspectos un típico *self-made-man*, había logrado superar su modesto punto de partida hasta 1913, llegando a propietario de una empresa agrícola mediana, de un rancho de unas 150 ha, lo cual apunta hacia una cierta movilidad social, incluso bajo condiciones porfiristas. Pero la promoción económica propiamente dicha se produjo sólo cuando su nueva posición de poder

⁷ Este proceso ha sido descrito detalladamente en mi ensayo (TOBLER), 1971, pp. 38-79.

político le permitió irrumpir, a partir de 1917-1918, en los dominios de los círculos de comerciantes y mercaderes del noroeste de México y suplantarlos en el comercio, que, a causa de la crisis económica, era ya de por sí escaso.⁸ Como observaba el cónsul nortamericano en Nogales, Obregón había logrado obtener “una concesión del gobierno federal para la comercialización” de ganado y garbanzo y para su exportación a Estados Unidos, “que le garantiza cierta reducción de los impuestos de exportación, de la que no gozan los exportadores normales”.⁹

Sin embargo, como se desprende de otro informe del cónsul nortamericano en Guaymas, fechado el 11 de enero de 1918, y en el que se aportan detalles sobre el patrocinio estatal de las actividades comerciales de Obregón, la posición privilegiada del general no sólo se basaba en la reducción de los impuestos de exportación. Según este informe, Obregón también debía disponer de una concesión federal “que le autorizaba el recaudamiento de 50 centavos por saco de garbanzo cultivado en todo el territorio sur de Sonora; y gracias a este arreglo con las autoridades estatales, que de ningún modo era justo frente a los demás mayoristas, obtenía una ganancia calculada entre 60 000 y 100 000 pesos”.¹⁰ Por último, gracias a sus buenas relaciones con los más altos funcionarios del gobierno nortamericano, Obregón también logró asegurarse condiciones preferenciales en el mercado nortamericano.¹¹

Estas importantes ventajas —debidas a su influencia política— frente a sus competidores permitieron a Obregón apoderarse en poco tiempo del control de todo el comercio de garbanzo en el noroeste del país; y, sobre esta base, en los años siguientes, especialmente, después de terminada su presidencia (1924), pudo expandir y diversificar rápidamente sus múlti-

⁸ *Cfr.* NAW, Microcopy 336 (M 336) (Records of the Department of State relating to internal affairs of Germany, 1910-1929), Rollo (R) 57, 862.20212/949.

⁹ NAW, M 274 (Records of the Department of State relating to internal affairs of Mexico, 1910-1929), R. 62, 812.00/21668.

¹⁰ NAW, M 274, R. 62, 812.00/21690.

¹¹ NAW, Record Group (RG) 59, 612.119/1463 y NAW, RG 59, 612.119/1916.

ples intereses económicos. Además de la enorme extensión de sus propiedades, que en 1928 cuando fue asesinado, abarcaban miles de hectáreas de tierras de cultivo regadas o regables en la fértil región de los ríos Yaqui y Mayo, Obregón siguió activo en el comercio mayorista aunque ampliando también sus actividades hacia el área de la industria elaborada, del sector bancario y de las prestaciones de servicios. De este modo, en 1928, el grupo de Obregón controlaba sólo en Cajeme y Navojoa lo siguiente: un gran molino de arroz, una gran fábrica de conservas y de jabón, una importante empresa comercial de automóviles, materiales de construcción, maquinaria y herramienta agrícolas, dos estaciones muy grandes de experimentación agrícola, un banco, un molino de cereales, un almacén y una cadena de gasolineras. “Esta lista no pretende ser completa”, comentaba el cónsul americano en Guaymas al respecto, “pero sí ayuda a mostrar la influencia económica y el poder del general Obregón, a revelar la posición eminente que ha venido ocupando en estos harto importantes centros. . .”¹² Una política comercial tan expansiva fue posible sólo mediante la movilización masiva de recursos estatales. Se comenzó con grandes inversiones públicas de infraestructura en esta región (ante todo en el sector de instalaciones de riego, de comunicaciones de transportes y de ampliación de instalaciones portuarias), que, aunque favorecieran toda la región, dada la posición de preponderancia económica de Obregón servían sobre todo también a sus intereses económicos particulares.¹³ Después, su situación privilegiada entre las fuentes de crédito público le permitió el financiamiento sin problemas de su política de negocios altamente expansiva y de ningún modo exenta de riesgos. Esta política había generado en pocos años profundos cambios en los valles del Yaqui y del Mayo, lo que —como constataba el cónsul nortamericano Burseley— “no sólo se debe a la gran energía, al espíritu emprendedor y a las ideas progresistas

¹² NAW, M 274, R. 94, 812.00/Sonora/l.

¹³ Según Adolfo de la Huerta, Obregón, siendo presidente, había ordenado personalmente la construcción de una línea de ferrocarriles de Navajos a Yavaros y la ampliación de aquel puerto, para así “beneficiar sus terrenos en la región de Huatabampo”. *Cfr.* HUERTA, 1957, p. 236.

del finado general Obregón, sino también a su prestigio, que, dada su influencia política, había aumentado considerablemente".¹⁴

Ya hemos dicho que la carrera de Obregón como hombre de empresa, posterior o paralela a su carrera político-militar, ilustra muy bien la actitud de la nueva élite revolucionaria en general, en especial, en cuanto al modo de cómo se cristalizó una nueva clase de hacendados y burguesía proveniente del círculo de ex dirigentes revolucionarios, lo que fue posible mediante el control del aparato estatal o, sencillamente, aprovechando su posición real de poder militar.

Así, en un informe del cónsul norteamericano en Guaymas fechado el 5 de febrero de 1918, leemos: "El general Cailles, gobernador del estado, planea, en colaboración secreta con Pancho Elías (su hermanastro) y otros, la instalación de una curtiembre y fábrica de zapatos en Agua Prieta, así como la de un banco en Hermosillo; del coronel Gález, que hace poco fue asesinado por los yaquis, se comenta que había movilizado a todos los soldados bajo su mando para la explotación de sus yacimientos privados de guano; el general Manzo, quien ha tenido en su poder los bienes del ex gobernador Maytorena, recurrió a varios cientos de sus soldados para explotar esta propiedad privada."¹⁵

Una actividad comercial especialmente ágil que, al igual que tentáculos, se introducía en todos los ámbitos, fue la desarrollada por el general Benjamín G. Hill, uno de los dirigentes militares sonorenses más prominentes después de Obregón. Hill procedía de la misma capa social que Obregón, había sido rancharo en Navojoa antes de la revolución y en la época de Carranza ascendió al grado de divisionario llegando a la cúspide misma del ejército constitucionalista. En 1920, siendo comandante militar del Distrito Federal, participó en la sublevación de su compatriota Obregón contra Carranza, fue nombrado secretario de guerra en el primer gabinete de Obregón, falleciendo bajo circunstancias ominosas pocos días después de asumir sus funciones. Al parecer, Hill

¹⁴ NAW, M 274, R. 94, 812.00/Sonora/1.

¹⁵ NAW, M 336, R. 57, 862.20212/949.

no desaprovechó ocasión alguna para acumular una fortuna considerable en los pocos años de su carrera. Es así que, al fallecer, según la lista presentada por su viuda a Obregón el 7 de junio de 1921 y según una relación del 20 de octubre de 1923, Hill era dueño de las siguientes propiedades: la hacienda de "Coapam", más tarde vendida al gobierno; una finca de 4 527 ha en la región de Huatabampo, que Hill integró en la Compañía Irrigadora y Fraccionadora del río Mayo, de la que fue cofundador; una empresa agropecuaria en Nativitas; participación en un cuarto del arrendamiento de tres haciendas en el estado de México; la mitad de la hacienda "La Encarnación" en el estado de Guanajuato, con una extensión de 2 885 000 ha, de la que Hill se había apoderado en calidad de interventor militar durante la rebelión de Agua Prieta.¹⁶

A Hill le habían sido otorgadas por la Secretaría de Industria y Comercio dos concesiones petrolíferas en los estados de Tamaulipas y Puebla; de la Secretaría de Fomento había logrado una concesión de agua en el río Mayo, tasada en 120 000 pesos. Hill también tenía participación en algunas empresas comerciales: en la Fábrica de Llantas Pelzer, en la Compañía Placeres de Oro de Michoacán, S.A., en los ferrocarriles de la Costa del Golfo y en algunas más, pero sobre todo, el general también se había asegurado participaciones en las ganancias de numerosas firmas privadas, así como también en los contratos de suministro y de obras con empresas de control fiscal; por ejemplo: una comisión de 4% sobre el monto total de las entradas de la plaza de toros de la capital; la mitad de los derechos sobre las ganancias provenientes del contrato de suministro de durmientes para los Ferrocarriles Nacionales en los tramos Matamoros-Monterrey y Monterrey-Tampico; la participación ganancial de 25% de un contrato de obras con los Ferrocarriles Nacionales para la construcción del tramo de Veracruz a Santa Lucrecia.¹⁷

¹⁶ AGNM, O.-C., 7/4, 103-H-8; *Cfr.* también: TOBLER, 1971, p. 70.

¹⁷ AGNM, O.-C., 7/4, 103-H-8. Cuán problemáticos debían ser muchos títulos de propiedad de la reciente fortuna de Hill, se desprende de la queja presentada por su viuda a Obregón, en la que decía que su difunto ma-

Frente a la energía y la perseverancia con que Obregón sistemáticamente construyó su amplia empresa comercial y la no menos acentuada tenacidad con que Hill acumuló su considerable fortuna (sobre todo mediante la adquisición de tierras y concesiones y la participación en contratos de obras y de suministro), la actividad comercial de Plutarco Elías Calles parece relativamente modesta. Aunque Calles presentaba una carrera militar menos brillante que Obregón o Hill, ya en 1920, fruto de su notable talento administrativo, ascendió al grupo dirigente de los políticos revolucionarios sonorenses; fue, entre otras cosas, gobernador de su estado natal, secretario de Gobernación bajo Obregón y, entre 1924 y 1928, sucesor de éste en la presidencia. Después del asesinato de Obregón, Calles fue, como *jefe máximo* de la revolución y hasta su derrocamiento por Cárdenas en el año 1935, el “hombre fuerte” de México, aunque durante este periodo dejara la presidencia en manos de sus fieles y leales partidarios.

También Calles, quien más tarde —como todos los cabezas de la “familia revolucionaria”— sería dueño de varias propiedades rurales y residencias, había comenzado ya en Sonora y durante el tiempo en que aún pasaba por extremista y bolchevique encubierto, a dedicarse a los negocios en el sector minero y, sobre todo, en el sector bancario. Es así que Calles fue, entre otras cosas, accionista mayoritario de la Compañía Bancaria Mercantil y Agrícola de Sonora, S.A., cuyo éxito comercial dependía en gran medida de sus privilegiadas relaciones con autoridades del gobierno.¹⁸

Para redondear este cuadro impresionista (que sería posible complementar fácilmente mediante otros muchos ejemplos de carreras similares en el círculo de la nueva élite revolucionaria, de sus parientes y protegidos, etc., y que justamente por ello tiene un carácter representativo), nos remitimos finalmente a dos miembros del grupo dirigente de Sonora, quienes en los primeros años de la década de los veinte, compa-

rido había poseído “muchas otras cosas más, de bastante cuantía, que por no haber sido escrituradas por el general Hill, se quedaron con ellas, sin la menor protesta de nadie, sus favoritos y protegidos”.

¹⁸ AGNM, O.-C., 6-2, 102-E-8; 7/4, 103-H-31.

rados con Obregón, Calles y Hill, aún ocupaban en aquel tiempo cargos secundarios en la nueva estructura del poder: Abelardo L. Rodríguez y Aarón Sáenz; éstos, al igual que los otros, asentaron las bases de vastos complejos económicos en esta época, que los llevarían a ser prominentes exponentes de la nueva burguesía.

El ya mencionado Abelardo L. Rodríguez fue, entre los años 1932 y 1934, el último presidente de la República oriundo de Sonora; procedía de un medio social en el que una existencia económica semiproletaria se emparejaba con una tradición familiar e ideología pequeñoburguesas. Ya hemos aludido a su “complejo de temor de llegar a la senectud sin asegurar su bienestar”. La oportunidad para escapar a este destino se presentó en la década de los veinte, siendo gobernador de Baja California, donde, mediante el control de numerosos establecimientos de diversiones tales como “saloons”, cabarets, etc., pudo beneficiarse del auge turístico que en esa época se iniciaba en la región fronteriza. Cofundador de “70, 80 o más empresas”, acumuló en el curso de los años una fortuna que, a finales de los años cuarenta, le ganó la fama de pertenecer a la vanguardia absoluta de los “millonarios de la revolución”.¹⁹

Aarón Sáenz, finalmente, de hecho no había nacido en Sonora, sino que era oriundo de Nuevo León, en el noreste del país; sin embargo, pertenecía a los “sonorenses” por haber hecho su carrera militar en el Estado Mayor del ejército del noroeste de Obregón, y en la década de los veinte y comienzos de la siguiente, su carrera política (entre otras cosas, secretario de Relaciones Exteriores) como partidario de los presidentes sonorenses Obregón y Calles. Hijo de una familia de la clase media alta, era uno de los más bien pocos oficiales revolucionarios que había asistido al instituto de enseñanza media en Saltillo y a la universidad en la ciudad de México. Paralelamente a su carrera pública y en complemento a ella, Sáenz llegó a ser uno de los grandes banqueros e industriales azucareros del país y —después de retirarse de la política ac-

¹⁹ RODRÍGUEZ, 1962, p. 161; *Cfr.* También NARANJO, 1964, 3, 4, 5 de septiembre.

tiva durante el tiempo de Cárdenas—, se dedicó, por fin, sólo a la iniciativa privada. En 1964, según una relación del periódico *El Universal*, Sáenz, además de presidente de la Sociedad Nacional de Productores de Azúcar, ocupaba los siguientes cargos: presidente del Consejo de Administración de la Compañía Mexicana de Aviación, presidente de la Sociedad Nacional de Productores de Alcohol, presidente de la Compañía de Seguros Atlas y del Banco Inmobiliario Atlas, presidente y director del Banco de Industria y Comercio, S.A., consejero del Banco de México y de otras varias instituciones bancarias del país.²⁰

En muchos aspectos, la historia y la carrera de Sáenz simbolizan, de manera impresionante, el proceso de formación de la nueva burguesía que provenía del círculo de los ex dirigentes de la revolución. En la década de los sesenta, con motivo del 75 aniversario de Aarón Sáenz, el periódico *Novedades* resumía en el título de su *laudatio* este proceso en la fórmula más corta posible: “Ejemplar Mexicano, Revolucionario y Hombre de Empresa.”²¹

Para terminar, nos proponemos analizar en el marco de este corto bosquejo algunos aspectos generales del papel económico y político desempeñado por esta nueva burguesía revolucionaria, aunque, dado el actual estado de investigación, nos saldrán al paso más preguntas de las que realmente será posible responder. Nuestros conocimientos —en muchos aspectos aún insuficientes—, de los problemas que a continuación abordaremos, provienen seguramente sobre todo del hecho que las carreras económicas de la nueva élite de la re-

²⁰ *El Universal*, 8 de julio de 1964.

²¹ *Novedades* informaba el 3 de junio de 1966 que el banquete en honor de Aaron Sáenz “esclareció un punto que es importante: la aparente contradicción entre el criterio revolucionario, estrictamente en el sentido de la Revolución mexicana, y la actividad de la iniciativa privada. . . Su criterio, su convicción revolucionaria, ¿se contradice acaso con esta actividad de hombre de empresa? . . ., precisamente confirmó en su actividad de hombre de empresa; en el régimen de iniciativa privada que tenemos, aquel ideal revolucionario que lo llevó a combatir a Díaz y a Huerta en favor de la libertad de trabajo y de los derechos obreros. Y así, de igual modo, han actuado otros revolucionarios, con la misma idea de contribuir a crear nuevas fuentes de riqueza, de producción y de consumo. . .”.

volución estaban en contradicción con las exigencias igualitarias del mito oficial de la revolución, por lo que, desde el punto de vista político, se las convirtió en una especie de tabú. A este factor se debe también el hecho de que no existan estudios abarcadores y empíricamente comprobados sobre las élites para la época desde la revolución, y en especial en lo que al ámbito socioeconómico se refiere.²²

En primer lugar presentamos algunas características de la política de estabilización en las postrimerías de la revolución durante el régimen de los sonorenses, apuntando a la vez hacia algunas diferencias entre la política económica porfirista y posrevolucionaria, aludiendo con ello también al papel que jugaron los científicos y la burguesía revolucionaria. A continuación discutiremos algunos aspectos que se refieren intrínsecamente a la actividad económica de la burguesía revolucionaria y a su relación socioeconómica con la antigua clase alta. Para terminar tocaremos brevemente la cuestión de la continuidad —o, respectivamente, ruptura— de élites en general en el periodo de la revolución.

¿Cuál fue el marco sociopolítico en el que pudo desarrollarse esta nueva burguesía revolucionaria? De importancia fundamental fue el hecho que la política de estabilización bajo el régimen de los sonorenses en la etapa tardía de la revolución (es decir, entre 1920 y 1935) y a pesar del carácter de masas de la revolución y de su programática sociorreformista, no se efectuara mediante una reestructuración fundamental de la sociedad de acuerdo con la ideología oficial de la revolución, sino que más bien adoptara el carácter de una estabilización predominantemente conservadora con una simultánea domesticación política de las masas.²³

Ya hemos aludido a una importante condición previa para esta evolución: la debilidad de la base revolucionaria en la imposición de una amplia política de reformas, debida en gran medida a las formas específicas de movilización de los

²² Algo mejor se presenta el estado de la investigación en lo que a la élite política se refiere. *Cfr.* además del trabajo de HERNÁNDEZ, 1962, p. 6, el ensayo de SMITH, 1973, pp. 167-168.

²³ *Cfr.* TOBLER, 1976, pp. 188-216.

ejércitos revolucionarios del norte. Especial importancia tiene también el hábil control del movimiento obrero por el gobierno: primero, en 1915, al aliarse los batallones obreros “rojos” con el mando constitucionalista; luego, sobre todo en la década de los veinte, con la organización de la confederación nacional de sindicatos, CROM, dirigida y controlada en alto grado por el gobierno.²⁴ También fue posible al nuevo régimen ganarse en gran medida a los campesinos, sobre todo pacificando a los ex zapatistas mediante una distribución de tierras relativamente amplia, aunque regionalmente muy limitada.²⁵ No en último lugar, gracias a este apoyo de masas patrocinado “desde arriba”, pudo sobrevivir el régimen revolucionario sonorense a diversas y serias rebeliones militares en la década de los veinte. Otro factor importante para la estabilización política interna de México en este periodo fue finalmente la “normalización” de las relaciones mexicano-norteamericanas, lo que, a fines de los años veinte, se manifestaba en la estrecha relación entre Calles y el embajador norteamericano Dwight Morrow.²⁶

En esta situación en la que la oposición más peligrosa al nuevo régimen resultaba de la rebelión católico-campesina de los cristeros y no de sindicatos o movimientos campesinos radicales, el gobierno sonorense pudo continuar la estrategia básica de desarrollo económico, iniciada durante el porfiriato e interrumpida por la revolución; esta estrategia estaba orientada principalmente hacia el crecimiento económico dentro del marco de un orden capitalista y hacia la estabilidad sociopolítica. Incluso después de la revolución se postergaron a estas metas prioritarias las reformas sociales, la democratización política y la mayor justicia en la distribución.

Sin embargo, la nueva élite revolucionaria no debe ser simplemente equiparada al régimen porfirista y a la burguesía de los científicos. Por un lado, había sabido crear un sistema político que se diferenciaba claramente del régimen autocrá-

²⁴ *Cfr.* MEYER, 1970, pp. 30-35; CARR, 1976.

²⁵ En cuanto a la cuestión “campesinos y Revolución”, *Cfr.* los artículos reunidos por BRADING, 1980.

²⁶ En cuanto a la influencia de Estados Unidos sobre el desarrollo mexicano, *Cfr.* SMITH, 1972.

tico del porfiriato, en especial, en cuanto a su base popular más ancha y su mayor permeabilidad social. Por otro lado, esta nueva élite revolucionaria también seguía otro curso que los científicos, en especial, en cuanto a su política económica y, sobre todo, en cuanto a su actitud frente al capital extranjero. Porque la Revolución mexicana también fue una reacción contra el creciente control que el capital extranjero ejercía sobre la economía mexicana; de ahí que este nacionalismo caracterizara hasta cierto punto la política exterior y la política económica de los gobiernos revolucionarios posteriores a 1917. Mientras que, como Katz expone en su ensayo, los científicos debían en gran medida su privilegiada situación económica precisamente a su función mediadora entre el capital extranjero (en especial europeo) y el gobierno mexicano y también por ello patrocinaban cuando podían las inversiones extranjeras —aunque diversificadas según los países—, la burguesía revolucionaria perseguía un mayor control del capital extranjero. Cierto es que esto no significó que, en la década de los veinte y a principios de la siguiente, México tomara una actitud radicalmente nacionalista frente a la dominante influencia económica norteamericana, lo que, por una parte, habría aumentado enormemente el riesgo de una “política de desestabilización” de Estados Unidos frente a México y, por la otra, tampoco habría correspondido a la filosofía económica pragmática de la burguesía revolucionaria.²⁷ Más que oponerse, principalmente, a la penetración económica del capital extranjero en México, los sonorenses pretendían mejorar gradualmente la posición mexicana dentro de las relaciones de dependencia económica existente.²⁸ Esto se manifestó sobre todo en los esfuerzos del nuevo régi-

²⁷ Cfr. HANSEN, 1971, p. 170: “Stated all too briefly, this study suggests that the entente cordiale best expressed in the relationship between President Calles and U.S. Ambassador Dwight Morrow was dictated as much by a consensus of values on major social and economic issues as by considerations of realpolitik”.

²⁸ CÓRDOVA, 1972, p. 34: “El nacionalismo mexicano, para decirlo en otros términos, ha buscado *tan sólo* mejores condiciones de convivencia con el imperialismo, en el mismo sistema internacional, siendo su verdadera divisa *la negociación* y no el rompimiento”.

men revolucionario de gravar con impuestos más altos las empresas extranjeras, en especial, las del sector central de la explotación de materias primas, para así procurarse más medios para el desarrollo económico del país.²⁹ Por lo tanto, es natural que al Estado le correspondiera mayor importancia como iniciador y auspiciador inmediato de la modernización económica; en el tiempo anterior a Cárdenas, la política estatal de desarrollo se concentró principalmente en la creación y la expansión de un sistema bancario y crediticio público, así como también en tareas infraestructurales.³⁰

Sin embargo, es difícil de juzgar si al nuevo papel económico del Estado correspondió también una actitud modificada de la nueva élite revolucionaria en sus actividades económicas privadas. Por un lado, la burguesía revolucionaria también actuaba —como los científicos— en los ámbitos tradicionales de la agricultura, de las finanzas, del comercio mayorista, de la especulación en la construcción, etc.; sin embargo, en los ejemplos expuestos de las carreras de los Obregón y Aarón Sáenz se puede también adivinar que cada vez aumentaba más la iniciativa hacia la propia actividad empresarial en los sectores “modernos” de la economía, tales como el *agrobusiness*, la industria transformadora, etc. Pero, considerando el estado actual de la investigación, es difícil determinar si la nueva burguesía revolucionaria —más allá de las formas de acumulación de capital que le es común—, también se caracterizaba por otros puntos comunes en cuanto a su actividad económica, tales como la concentración de sus inversiones en determinados sectores económicos. También es difícil de apreciar el peso económico de la burguesía revolucionaria dentro de la economía mexicana; pero parece que en el periodo que aquí tratamos, fue relativamente modesto. Porque, a pesar de las disposiciones económicas nacionalistas de la Constitución de 1917, la influencia extranjera siguió dominando en la economía mexicana, intensificándose incluso hacia finales de la década de los años veinte.³¹ No sólo se-

²⁹ Cfr. sobre todo MEYER, 1968.

³⁰ Cfr. MEYER, 1977, pp. 283-290.

³¹ WOMACK, 1978, acentúa este hecho contrastante con la ideología na-

guían la extracción de petróleo y la minería —sectores centrales de la economía—, controlados casi exclusivamente por norteamericanos e ingleses, sino que tampoco en la industria textil se produjeron cambios fundamentales con respecto al porfiriato: todavía en 1930, sólo 75 fábricas textiles de las 205 existentes en el país eran de propiedad exclusivamente mexicana.³² Por fin, a pesar de la política del gobierno mexicano, que trataba de “estimular a los industriales mexicanos para llegar a competir con los extranjeros”, la mayoría de las nuevas industrias creadas después de la revolución fueron “principalmente sucursales de consorcios industriales extranjeros (generalmente norteamericanos)”.³³

Además no se debe sobreestimar la importancia económica de la burguesía revolucionaria, ya que la posición económica de la clase alta prerrevolucionaria apenas si había sido tocada. Excepción hecha de algunas aisladas expropiaciones de tierra, sobre todo en la región de la anterior rebelión zapatista, la antigua clase alta pudo conservar sus propiedades; solamente bajo el gobierno de Cárdenas se llegaría a una expropiación más amplia, aunque no total, de la antigua clase terrateniente. En cambio, la antigua burguesía mexicana parece haber mantenido ampliamente su posición después de la revolución en el comercio, en la banca y en la industria.³⁴

En este contexto se plantea la pregunta de si también hubo estrechas relaciones comerciales entre la nueva burguesía revolucionaria y las empresas extranjeras y, sobre todo, si se llegó a una fusión económica considerable entre la nueva bur-

cionalista oficial de la época tardía de la revolución. *Cfr.* KRAUZE, 1977. “Las inversiones-invasiones norteamericanas”, pp. 289-292; con la fundación de la primera sucursal de la Ford en México, en 1925, ya ven el comienzo de la “desnacionalización de las industrias” del país.

³² En cuanto al desarrollo de la minería *Cfr.* BERNSTEIN, 1964, p. 143ss.; en cuanto a la industria textil *Cfr.* KEREMITSIS, 1973, p. 235; más en general *Cfr.* CECEÑA, 1975, pp. 103-124.

³³ STERRETT y DAVIS, 1928, pp. 75, 208.

³⁴ *Cfr.* MEYER, 1977, p. 300; para Meyer, los exponentes de la burguesía revolucionaria, en lo que a peso económico se refiere, “se quedan chiquitos frente a las verdaderas fortunas financieras, mercantiles e industriales”.

guesía revolucionaria y la antigua burguesía prerrevolucionaria. Pero, a diferencia de los buenos estudios empíricos que existen sobre la burguesía científica, que yo sepa, casi no han sido investigadas las vinculaciones económicas de la burguesía revolucionaria, debido seguramente a las ya aludidas connotaciones que esta temática puede aún tener desde el punto de vista político.³⁵ Aunque el papel político de la burguesía revolucionaria fuese sin lugar a dudas muy significativo en cuanto a la creación del sistema sociopolítico posrevolucionario, su radio de acción económica, vistas las condiciones esbozadas, había de permanecer muy limitado. Sin pretender cambiar, de manera fundamental, el modelo de control económico prerrevolucionario por parte del capital extranjero y de la clase alta mexicana tradicional, la burguesía revolucionaria se incorporaba más bien en esta élite económica como un segmento nuevo, aunque, dada su posición política de poder, al principio privilegiado. En todo caso, y al menos desde el punto de vista social, el proceso de fusión entre la antigua y la nueva clase alta parece haberse consumado en gran parte desde finales de la década de los veinte; en todo caso no hay duda que así es a partir de la segunda guerra mundial, siendo —como en tiempos del porfiriato— “la alianza matrimonial. . . el método más seguro para cimentar la fusión” entre la antigua y la nueva élites.³⁶

¿Cómo podemos clasificar, para terminar, la formación de una nueva burguesía revolucionaria proveniente del círculo de los dirigentes revolucionarios victoriosos en un mayor contexto de la historia mexicana moderna a partir del comienzo del porfiriato? Esta cuestión toca la intensa controversia ge-

³⁵ Algunas referencias sobre la fusión económica y social de la élite revolucionaria, de la antigua clase alta, de los comerciantes extranjeros y de la burguesía de origen europeo que lentamente se “mexicanizaba” se encuentran en MEYER, 1977, pp. 291-303. Un ejemplo interesante, que ilustra las relaciones económicas entre la burguesía revolucionaria y las empresas controladas desde el exterior, parece ser la considerable participación de Calles en el capital de la sociedad subsidiaria de la AT&T americana; *Cfr.* ASHBY, 1963, p. 25. Un enfoque literario del tema ofrece FUENTES, 1964.

³⁶ MEYER, 1977, p. 300. En cuanto al proceso de fusión social entre la “antigua” y la “nueva” clase alta *Cfr.* también ITURRIAGA, 1951, p. 81.

neral que hoy en día se está llevando a cabo en lo referente al carácter básico de esta revolución y a su función dentro del proceso más general de los cambios y de la modernización de México en los últimos cien años. Ya que sobre todo se discute si la revolución debe realmente entenderse como transformación profunda y reorientación radical del sistema socioeconómico mexicano o si —pese a todas las agitaciones en la superficie— ha de considerarse como expresión de una continuidad fundamental de la evolución económica y política desde el porfiriato.³⁷ También en lo referente a la cuestión que aquí nos interesa, o sea, en cuanto a la envergadura y calidad del cambio de élites causado por la revolución, es posible constatar una mezcla de elementos de cambio y de continuidad, mezcla esta característica para el desarrollo de la Revolución mexicana en general. Al menos hasta final de la presidencia de Cárdenas (1940) cabe hablar de un profundo cambio *político* de la élite, ya que la antigua élite política, militar y administrativa fue casi totalmente destituida por medio de la revolución. Entre 1915 y 1940, los veteranos de la revolución monopolizaron el poder político, hasta que, bajo el régimen de la “revolución institucionalizada” después de la segunda guerra mundial y en relación con el cambio generacional, al cambiar paulatinamente los modelos de reclutamiento, cambió también la élite política.

En cambio, por lo que a la élite socioeconómica se refiere no se produjo una verdadera ruptura con la tradición. Esta “antigua” clase alta, a la que ya en 1935 pertenecían numerosos veteranos de la revolución, se vio afectada económicamente ante todo por la reforma agraria efectuada por Cárdenas. Pero parte de ésa, esta reforma significó un efectivo descenso económico y social; para otros de sus miembros, en cambio, las expropiaciones de tierra cardenistas fueron el último impulso para emprender otras actividades económicas, de forma creciente también en el sector industrial.³⁸ Pero en

³⁷ Para un examen más detallado de estas preguntas *Cfr.* H.W. TOBLER, 1979, pp. 369-392, en especial, pp. 369-372, 384-390.

³⁸ En esa dirección apuntan algunas de las entrevistas a empresarios en el estudio de DEROSI, 1968, pp. 156-158.

general, la clase alta no había sido en modo alguno desplazada de sus posiciones económicas. Por lo tanto, su creciente diferenciación social después de la segunda guerra mundial, parece ser más atribuible al aumento de la industrialización, que comenzaba en este periodo, que a las repercusiones de la revolución.³⁹

Desafortunadamente, dentro del contexto general del desarrollo de la Revolución mexicana aquí abordado, ha de permanecer abierta una cuestión cardinal: la relativa al papel de la nueva burguesía durante la política de reformas cardenista en la segunda mitad de los años treinta. Tanto la cuestión de las causas reales del cambio de orientación social y político-económica efectuado por Cárdenas contra la influyente ala callista de los ex dirigentes revolucionarios como la referente a los grupos sociales que apoyaron esta nueva política de Cárdenas no se han aclarado todavía; menos aún se sabe sobre el papel que la nueva burguesía desempeñó en esta política. Al ser sustituida políticamente la antigua élite revolucionaria norteña por el nuevo grupo dirigente cardenista, ¿se produjo también un similar desplazamiento hacia el centro del país dentro de la nueva burguesía? ¿Es posible que en la época de Cárdenas se formara una nueva burguesía revolucionaria, oriunda, por ejemplo, de los estados centrales de México, que por motivos económicos estuviera interesada en una aceleración y radicalización de la reforma agraria y en una política económica netamente nacionalista? ¿Es posible que esta nueva burguesía —junto con los campesinos y obreros que también bajo Cárdenas seguían organizados “desde arriba”— diera apoyo social al nuevo régimen de reformas? Como decíamos, no es todavía posible responder satisfactoriamente a esta pregunta, dado el actual estado de la investigación; los varios trabajos sobre la fase cardenista de la revolución que están para concluirse deberían esclarecer estos interrogantes.

³⁹ *Cfr.* los trabajos ya mencionados de DEROSI e ITURRIAGA.

SIGLAS Y REFERENCIAS

- NAW National Archives, Washington, D.C.
- AGNM: O.-C. Archivo General de la Nación, Ramo *Revolución: Obre-
gón-Calles*. México, D.F.
- AGUILAR CAMÍN, Héctor
1977 *La frontera nómada: Sonora y la Revolución Mexicana*. Mé-
xico, Siglo XXI Editores.
- ASHBY, Joe C.
1963 *Organized labor and the Mexican Revolution under Lázaro Cár-
denas*. Chapel Hill, University of North Carolina.
- BERNSTEIN, Marvin D.
1964 *The Mexican mining industry, 1890-1950*. New York, State
University, pp. 143ss.
- BRADING, David A. (ed.)
1980 *Caudillo and peasant in the Mexican Revolution*. Cambridge,
Cambridge University Press.
- CARR, Barry
1973 "Las peculiaridades del norte mexicano, 1880-1927",
en *Historia Mexicana*, xxii:3 [87] (ene.-mar.), 1973, p.
330; *El movimiento obrero y la política en México, 1910-1929*,
México, SEP (SepSetentas, 256-267), 2 vols.
- CECEÑA, José Luis
1975 *México en la órbita imperial*, México, Editorial "El
Caballito".
- CÓRDOVA, Arnaldo
1972 *La formación del poder político en México*, México, Edicio-
nes Era, p. 34.
- DEROSI, Flavia
1968 *The Mexican entrepreneur*, Paris, OECD, Development
Centre.
- FRANKE, Wolfgang
1958 *Das Jahrhundert der chinesischen Revolution*, Munich.
- FUENTES, Carlos
1964 *La muerte de Artemio Cruz*, México, Fondo de Cultura
Económica.
- HANSEN, Roger D.
1971 *The politics of Mexican development*, Baltimore, Johns Hop-
kins Press.
- HERNÁNDEZ, Gustavo Abel
1968 *La movilidad política en México, 1876-1970*, México,
UNAM, p. 502.

- HUERTA, Adolfo de la
1957 *Memorias de don. . . según su propio dictado*, México, Editorial Guzmán.
- ITURRIAGA, José E.
1951 *La estructura social y cultural de México*, México, Fondo de Cultura Económica.
- KEREMITSIS, Dawn
1973 *La industria textil mexicana en el siglo XIX*, México, SEP, (SepSetentas, 67).
- KRAUZE, Enrique
1977 *et al., La reconstrucción económica. (Historia de la Revolución Mexicana. Periodo, 1924-1928, vol. 10)*, México, El Colegio de México.
- MEYER, Jean
1970 "Les ouvriers dans la révolution mexicaine", en *Annales E.S.C.*, 25, pp. 30-35.
et al., Estado y sociedad con Calles. (Historia de la Revolución Mexicana. Periodo, 1924-1928, vol. 11), México, El Colegio de México, 1977.
- MEYER, Lorenzo
1968 *México y Estados Unidos en el conflicto petrolero*, México, El Colegio de México.
- NARANJO, Francisco
1964 "Los millonarios de la Revolución", en *Diario de Yucatán*, Mérida, 3, 4 y 5 de septiembre.
- REYES ESPARZA, Ramiro
1973 "La burguesía y el Estado", en *La burguesía mexicana. Cuatro ensayos*, México, Editorial Nuestro Tiempo.
- RODRÍGUEZ, Abelardo L.
1962 *Autobiografía*, México.
- SMITH, Peter
1976 "Continuity and turnover within the Mexican political élite, 1900-1971", en J. WILKIE *et al.* (ed.): *Contemporary Mexico, Papers of the IV International Congress of Mexican History*, octubre, 1973, Santa Mónica, Berkeley, pp. 167-186.
- SMITH, Robert Freeman
1972 *The United States and revolutionary nationalism in Mexico, 1916-1932*. Chicago, The University of Chicago Press. (Traducción al castellano con el mismo título, México, Editorial Extemporáneos, 1972).

STAVENHAGEN, Rodolfo

- 1976 "Reflexiones sobre el proceso político actual", en *El sistema mexicano, Nueva Política*, 1-2.

STERRETT, Joseph E. y Joseph S. DAVIS

- 1928 "The fiscal and economic condition of Mexico", *Report submitted to the International Committee of Bankers on Mexico*.

TOBLER, Hans Werner

- 1976 "Las paradojas del Ejército Revolucionario; su papel social en la reforma agraria mexicana, 1920-1935", en *Historia Mexicana*, XXI:1 [81] (jul.-sept.), 1971, pp. 38-39; "Die mexikanische revolution zwischen Beharrung und Veränderung", en *Revolution und Reformen in Lateinamerika, Geschichte und Gesellschaft*, II:2, pp. 188-216.

- 1979 "Rivoluzione messicana", en M. CARMANAGNI (ed.): *Il mondo contemporaneo*, VI. *Storia dell'America Latina*, Florencia.

WOMACK, John

- 1978 "The Mexican economy during the Revolution, 1910-1920: Historiography and analysis", en *Marxist Perspectives*, 1:4, Winter.